

El plumero

José A. Tapia Granados

Nueva York (EE. UU.)

George Orwell es probablemente uno de los escritores más famosos del siglo XX. Sus obras fueron traducidas a multitud de idiomas y de la mayor parte de sus libros existen versiones españolas. Sus ediciones en castellano por lo general son fáciles de encontrar. La mayoría de sus lectores en español conocerá a Orwell seguramente como novelista, ya sea por *Rebelión en la granja* o por *1984*, sus novelas más famosas. De *Rebelión en la granja* —*Animal Farm* es el título original en inglés— procede esa frase que ha hecho célebre la ironía orwelliana: «Todos los animales son iguales, pero unos animales son más iguales que otros». Pero en el mundo de habla hispana probablemente serán muchos menos quienes conozcan otras facetas de Eric Arthur Blair, que era el verdadero nombre de quien firmaba George Orwell. Y eso a pesar de que su *Homenaje a Cataluña* es una de las crónicas más importantes de la guerra civil española, que *Subir a por aire* es una novela deliciosa que hace desternillarse de la risa y que *El camino a Wigan Pier* constituye probablemente uno de los mejores alegatos a favor del socialismo escritos en el siglo XX.

Aparte de sus novelas famosas y de obras como *La hija del reverendo* o *¡Venciste, Rosemary!* —que si no alcanzan la misma calidad como novelística siempre logran mantener el ritmo narrativo y comunicar un poderoso mensaje moral—, Orwell escribió cientos de artículos periodísticos y de crítica literaria, muchos de los cuales han sido traducidos al castellano. *Mi guerra civil española* y *Diario de guerra* son recopilaciones de reflexiones y comentarios sobre la guerra civil española —en la que Orwell estuvo a punto de perder la vida— y sobre los primeros años de la segunda guerra

mundial. *Una buena taza de té* es una colección de cartas, notas periodísticas y artículos sobre temas políticos, artísticos y literarios, entre otros un excelente y demoledor ensayo sobre Salvador Dalí, que al parecer no era santo de la devoción orwelliana.

El inglés de Orwell es un inglés primoroso, claro y preciso. Orwell hacía esfuerzos ímprobos por no usar palabras de más ni de menos y expresar sus ideas con la máxima transparencia, lo cual por desgracia no siempre resulta apreciable en sus versiones en castellano. Por ejemplo, en *Mi guerra civil española* (Barcelona, Destino, 1978, trad. de R.V.Z. y J.C.V.) se lee una frase (pág. 150) que dice así: «...denuncié lo sucedido al oficial y uno de los turnos de los que ya he hablado se apresuró a denunciar falsamente que a él le habían quitado veinticinco pesetas». La frase no tiene sentido y si se busca en el original inglés puede comprobarse que donde dice «turnos» en castellano se lee en inglés *scallywags*. Esta palabra podría traducirse como «truhanes», «pícaros», «sinvergüenzas» o algo similar. Otra posibilidad sería «tunos» y se me ocurre que quizá el traductor usara esta palabra y en el proceso de edición del libro una *r* se colara de rondón y convirtiera «tunos» en «turnos», privando a la frase de cualquier sentido. Sea como fuere —todo esto es pura elucubración—, tampoco el resto de la frase en la versión española («... se apresuró a denunciar falsamente que a él le habían quitado veinticinco pesetas») destaca precisamente por su elegancia.

De todas las formas, el plumero que da título a esta sección —y que quiero usar aquí para desempolvar algo que creo útil para quienes nos dedicamos a las nobles tareas de traducir, redactar, escribir o emborronar— he de pasarlo por encima de un estupendo ensayo titulado «*Politics and the English language*». Publicado originalmente en la revista *Horizon* en abril de 1946, se incluyó luego en el libro «*Shooting an Elephant*» and *Other Essays* (1950) y pos-

teriormente en infinidad de antologías y colecciones de ensayos. Según afirma *The Harper & Row Reader* —una antología que incluye este ensayo de Orwell junto a textos más o menos polémicos de Montaigne, Dickens, Aristóteles, Gorki, Hitler, Freud y otros muchos autores— «*Politics and the English language*» es casi tan conocido como las novelas de Orwell, cosa que imagino aplicable al mundo de habla inglesa, pero no al de habla castellana. Ignoro incluso si «*Politics and the English language*» se ha traducido alguna vez al castellano. Desde luego, si lo ha sido, el traductor se las habrá visto y se las habrá deseado, porque este es uno de esos poquísimos textos que quizá cabe calificar realmente como imposibles de traducir.

En «*Politics and the English language*» Orwell critica los malos hábitos de redacción, acusa a los malos escritores de usar palabras rancias, clichés y frases sobadas y afirma que la decadencia del lenguaje tiene causas políticas y económicas y no es simplemente debida a la influencia corruptora de este o aquel escritor. Pero, por otra parte, afirma Orwell, el efecto se convierte en causa y refuerza la causa original; y así la corrupción del lenguaje, debida a causas generales, obra sobre esas mismas causas y las acentúa. Por lo tanto combatirla es también una forma de oponerse a aquellas. Orwell analiza diversos ejemplos de metáforas moribundas, latiguillos, palabrería inútil y términos rimbombantes, e indaga las razones que los explican. Resulta así evidente que la ambigüedad, la verborrea, el estilo pomposo o panfletario y la mala escritura no solo reflejan la incapacidad o la desidia de quien escribe; muchas veces son espejo de la confusión del pensamiento o de la necesidad de usar la palabra escrita para objetivos que van más allá de la mera comunicación lógica de ideas.

¿Cuál puede ser la reacción del traductor profesional al leer este texto orwelliano? Quien escribe a partir de sus ideas —sea un texto científico, literario o una carta a su cónyuge o a su banco— asume la responsabilidad de generar

algo inteligible y coherente (si no, será inútil) y a ser posible agradable para el potencial lector (sobre todo si el que escribe pretende estar haciendo *literatura*). Respecto del autor el traductor tiene así la ventaja de no tener que inventar o idear un contenido, ya que solo tiene que transmitir el del texto original. Por otra parte el traductor —si está actuando como tal— no está obligado a producir nada que tenga más calidad que el texto original. Lo ideal es que el traductor genere en el idioma de llegada un texto que tenga similar calidad a la del texto de partida. Claro está que esto muchas veces no se cumple, sobre todo si el texto traducido es un texto literario, porque el traductor a menudo tiene un dominio de su idioma que dista mucho del dominio que de la lengua original tiene el autor; aunque también es perfectamente posible que ocurra lo contrario. Por otra parte, si el texto original es un texto malo, es perfectamente legítimo que la traducción constituya un texto igualmente malo: el traductor no es un embellecedor de textos ni un deshacedor de entuertos lingüísticos. Para quienes a menudo traducimos cosas que distan mucho de estar bien escritas esto es indudablemente un consuelo y un estímulo. Que a veces lleva al traductor a «ser bueno» y a embellecer ligeramente el original, produciendo así una de esas *bellas mentirosas* de las que habla Vázquez Ayora en su *Introducción a la traductología*. Pero ese es un camino peligroso y puede llevar a tomarse libertades que no son derechos del traductor: vienen entonces los italianos con su *traduttore, traditore*.

Pero ya se me fue el plumero de donde tenía que estar, que es en «*Politics and the English language*». Espero que toda la palabrería anterior haya servido para incitar a alguno a leer ese ensayo. Quienes quieran hacerlo (en inglés, naturalmente), quizá puedan encontrarlo (al menos ahí estuvo alguna vez) en <http://www.resort.com/~prime8/Orwell/patee.html>

Y por si fuera cierto que de muestra vale un botón, ahí va el botón correspondiente.

In our time, political speech and writing are largely the defense of the indefensible. Things like the continuance of British rule in India, the Russian purges and deportations, the dropping of the atom bombs on Japan, can indeed be defended, but only by arguments which are too brutal for most people to face, and which do not square with the professed aims of the political parties. Thus political language has to consist largely of euphemism, question-begging and sheer cloudy vagueness. Defenseless villages are bombarded from the air, the inhabitants driven out into the countryside, the cattle machine-gunned, the huts set on fire with incendiary bullets: this is called *pacification*. Millions of peasants are robbed of their farms and sent trudging along the roads with no more than they can carry: this is called *transfer of population* or *rectification of frontiers*. People are imprisoned for years without trial, or shot in the back of the neck or sent to die of scurvy in Arctic lumber camps: this is called *elimination of unreliable elements*. Such phraseology is needed if one wants to name things without calling up mental pictures of them.

George Orwell, «*Politics and the English language*» (1946)

¿Quién lo usó por vez primera?

Nicotina

F. A. Navarro

Sabemos ya quién fue el primero en usar la palabra ‘tabaco’ (*Panace@*, n.º 1, pág. 12), pero ¿y en dar nombre a su mortífero alcaloide, la nicotina? La intrincada historia de esta palabra es una obra en cuatro actos protagonizada por un diplomático francés, dos médicos naturalistas —suizo el uno y el otro sueco— y una pareja de estudiantes alemanes.

Todo comenzó con el diplomático y erudito Jean Nicot de Villemain, quien entre 1559 y 1561 desempeñó brevemente el cargo de embajador de Francia en Lisboa. Poco habría de imaginar este nimeño, autor de un *ThréSOR de la langue française tant ancienne que moderne*, que estaba firmándose un pase para la posteridad cuando en 1560 tuvo la ocurrencia de enviar a la reina Catalina de Médicis una muestra de tabaco con la idea de difundir el uso medicinal de esta planta, pronto conocida en toda Francia por sus múltiples virtudes como *herbe à toux les maux*, sí, pero también *herbe à la reine*, *herbe à Nicot* o, sencillamente, *nicotiane*.

Todavía en el siglo XVI, el médico y naturalista zuriqués Conrad Gesner contribuyó a difundir en Europa el vocablo en su forma latinizada *nicotiana* (o *herba nicotiana*), definitivamente consagrado cuando el botánico sueco Linneo, al emprender su extraordinaria obra de sistematización de los reinos naturales, otorgó a la planta del tabaco el nombre oficial de *Nicotiana tabacum* en sus *Genera plantarum* (1737).

En 1828, dos jóvenes estudiantes de la Universidad de Heidelberg, el químico en ciernes Ludwig Reimann y el médico en ciernes Wilhelm Heinrich Posselt, aislaron el principio activo del tabaco y publicaron sus resultados en un tratado escrito en latín, *De Nicotiana*, sobre las propiedades del tabaco. Y es ahí donde, por fin, encontramos el nombre de ‘nicotina’ referido al alcaloide recién aislado.